

CREER O NO CREER

El hombre, además de un ser social o político, según la frase de Aristóteles, es otras muchas cosas - y, entre ellas, "homo" creyente.

Desde el primitivo prehistórico que identifica fenómenos naturales, hoy suficientemente conocidos, con manifestaciones de la divinidad, o cree en poderes ocultos de animales, de objetos, hasta el sofisticado científico actual, ante cuya mirada inquiridora y especializada se abre un mundo tanto más complejo cuanto más se profundiza en él, la sensación de que existe un plan preconcebido en el funcionamiento del universo que no obedece a la pura casualidad, al azar, es indudable. Y esta sensación inquietante, producida por tan grandiosa y descomunal planificación, nos abrumba y nos sugiere, como respuesta, la existencia de una Voluntad muy por encima del propio hombre.

Pero, además, existen también unas causas instintivas, casi biológicas, en todo ser que incitan a - creer de forma no razonada y lógica * el deseo inconsciente de sobrevivir, de no extinguirse, de no desaparecer irremisible y totalmente en una nada infinita y la aspiración a conservar la individualidad, aún cuando sea en otra forma de vida. De ahí la casi unánime - creencia, en todas las civilizaciones, por remotas que sean, en otra existencia más allá de la muerte, o en reencarnaciones sucesivas.

Cabe objetar, indudablemente, que también se dan las tesis negadoras de toda divinidad o voluntad superior. Ciertamente. Pero aparte de que siempre el ateísmo ha sido minoritario, hay que señalar algunas circunstancias muy especiales: que es un concepto muy elaborado que suele aparecer en estados avanzados de cultura y, por consiguiente, carece de espontaneidad natural; y, sobre todo, que su extensión coincide con etapas históricas en que el hombre se encuentra, o se siente, auto suficiente, satisfecho de sí y de sus capacidades, esperándolo todo de sí mismo.

Pero como el acontecer de la humanidad no es uniforme ni rectilíneo, sino que tiene altibajos, ciclos ondulantes con alturas de prosperidad, de optimismo y depresiones con situaciones difíciles, duras y pesimistas, la no creencia o creencia van parejas con estas oscilaciones.

Resulta clara, y es necesario subrayarla, la espontaneidad con que surge la creencia; y es explicable porque implica la respuesta a interrogantes que, por ahora, ninguna cultura ha sido capaz de dar de una forma satisfactoria. Por otra parte, en la creencia - existe una enorme carga emotiva - no podía ser menos-, dado que el hombre necesita psicológicamente, en muchos momentos de su vida, sentirse protegido, saber que los sufrimientos, las desgracias que le aquejan y que no son imputables a nadie, tienen un sentido o provienen de una Voluntad que, después, sabrá compensar con generosidad.

La creencia, pues, es un elemento importante en

la vida, un factor decisivo, en ocasiones, como compensador de desequilibrios que, sin ella, tendrían consecuencias negativas para el ser humano.